



EL MAUMOUTH

Doña Mónica no era una abadesa, pero lo parecía. Pálida hasta los tonos amarillos, ojos sin mirada, labios contraídos eternamente por agrios gestos, manos exangües, afiladas, sedosas, como aquellas que tan sólo manejan el libro y el rosario. Doña Mónica era una señora antigua, de esas que reciben pensión por los servicios de su padre, jamás había oído hablar de amor ni a jóvenes ni a viejos, y a últimas fechas se entregaba a la vida devota.

Era ordenada y minuciosa, veíanse sus cabellos entrecanos, peinados con raya en medio y pegados a la frente por dosis regular de cosmético, a la usanza antigua, saquillo y enaguas de percal medio luto, crucecitas blancas en fondo negro, enaguas muy amponas como si usara crinolina, pantuflas de paño y el pañuelo colgando de la pretina.

No podía vérsese sin adivinar desde luego a la mu-

jer irascible, melancólica, intolerante, a quien todo lo mundano parece imagen del pecado, y como el caracol, refugiado en un encierro, suele sacar tan sólo los cuernos para amenazar, rarísima vez para dar un consuelo.

Me parece que la estoy mirando sentada en una silla de costura, con una jícara entre las piernas y dentro de ésta canales de cigarro y tabaco, de los cuales, rezando avemarías, hacía algunas docenas. Todo respiraba una profunda tranquilidad de claustro en aquella pieza de pavimento pintado al azarcón. Entornadas las puertas del balcón que tan sólo dejaban entrar una barra de luz que animaba los mar-ditos dibujos de un transparente. . . .

Pesada cómoda con adornos de bronce sostenía un cuadro sin marco que representaba un santo, con rostro tan patético que inspiraba espanto; al lado, bajo un capelo, un "Santo Niño de Atocha", relumbroso, con su sombrerito de fieltro ornado por diminuta pluma a lo mosquetero; traje color morado y bordado de oro, sandalias atadas con listones y teniendo en la mano un báculo de metal con un calabazo de oro, llenaban el ropón del infantil santo, milagros de plata, tenía diminutos anillos con perlas en los deditos, reían sus ojillos de esmalte y un gracioso hoyuelo en sus mejillas le daba un aire picaresco.

Horas enteras me entretenía en contemplar aquel prodigio, aquel niño que parecía ir a dar un paso encerrado en su capelo de cristal verdoso. Simpatizábame tanto como un San Pascual Bailón litografiado; un santo joven, con su aventador y sus tenazas en la mano, confeccionando frente a un brasero no sé qué platillo. Doña Mónica era devota del Santo cocinero, para que antes de morir se lo advirtiera dando tres golpecitos en la cabecera de su cama, porque lo que la ponía más fuera de sí era pensar u oír

hablar de muertes repentinas, y por eso eternamente ardía en sucia taza, la luz de una lamparilla de flama mustia; al pie, en oval caja de madera, yacían nadando en grasa las mariposas usadas y los cerillos sin cabeza. . . . Las moscas flotaban muertas en el aceite, chispeaba la triste flama, iluminaba con tintes amarillos los bordes de la taza y lanzaba al techo un trémulo relámpago circular.

Aquella lámpara daba no sé qué sello al cuarto. . . . ¡sello desesperante de tristeza! La cama perfectamente bien tendida, y a sus pies, hundido en rollizo edredón, un gato que ronroneaba dormitando. . . . Este gato viejo, flojo, sensible, se llamaba el Maumouth, pero le decían Mamú a secas. ¡Cómo hubiera ahorrado a ese indecente animal, alimentado con bizcocho y leche; eternamente echado en los lugares tibios, como en los ladrillos que hería el sol, en el fondo de los sillones, en el edredón o las faldas para él maternales de doña Mónica!

Desde chico dió a conocer el muy hipócrita lo que iba a ser de grande: ¡canalla! Otros gatos en la infancia son correlones, inquietos, graciosos; éste no, huía de los juegos, andaba de puntillas, sin ruido, y sólo a la hora de comer ponía las patas en el palo de la silla, y con los ojos bajos lanzaba maulliditos dolorosos, como si mendingara un mendrugo. Solía salir a la azotehuela cuando no daba el sol en el balcón, y desde la barda lo llamaban unas alegres vecinas de pelaje amarillo, y el muy mosca muerta bajaba los ojos y. . . . no llevaba capa, pero la hubiera dejado en manos de cualquiera, para refugiarse asustadísimo debajo del brasero.

—¿Qué haremos, Fernandito—me decía doña Mónica un día—para que Mamú no haga inconveniencias en la sala?

—Muy sencillo, señora—le respondí.—Haga usted como en mi casa con el Tostado: lo coge usted del

pescuezo, le restrega usted el hocico contra la inconveniencia, le da usted tres pantuflazos y le enseña usted un cajón con tierra.

—¡Pobrecito... pegarle! Eso es tener mal corazón. No es bueno que los niños tengan esos sentimientos. Eso es pecado. ¡Que te viera tu ángel custodio hacer eso, verías, se enojaba!

Quedéme asustado del regaño... pero... en mi casa y en todas partes hacían lo que yo proponía. El Mamú se salió con la suya e hizo cuanto se le ocurrió, lo mismo en el corredor que en la sala. De ahí aquel olor felino que se notaba desde la escalera, en la casa de doña Mónica.

Y era inteligente aquel bicho, pero inteligente para el mal. Había no sé qué de malévolo, de jesuítico en sus pupilas amarillas, que rara vez dejaba ver, pues ante las gentes tomaba un aire de sumisión casi devota. Llegaba una visita y espiaba, se iba deslizando hasta saltar a las piernas de doña Mónica. Simpatizaba con las gentes de la casa y aparentaba no sufrir a los extraños, a mí especialmente. Me odiaba a muerte como yo lo odiaba: descubrí esto una tarde memorable. Tomaba chocolate doña Mónica y acostumbraba darle una sopa, la primera, que engullía con coqueto agradecimiento. Una ocasión estaba presente y la señora concedióme la primicia del chocolate, enfurecióse el gato, pero disimuló su cólera, que fué un relámpago, erizósele el pelo, vióme con los ojos muy abiertos, con odio profundo y cayó al suelo presa de sacudimientos nerviosos.

—¡Mira al Mamú, me decía la señora, encantada, mira cómo se revuelca de gusto!

—De rabia, dije para mí. Desde entonces seguí a aquel animal, digno de los que Zolá ha pintado... Lo seguí eternamente con una mirada como la del héroe de Edgard Poe, y siempre respondíame con

otra, que si hubiese tenido poder para matarme, me hubiera pulverizado.

¡Ah, indigno Mamú! Era un barbero, volvíase todo mimos para la santa vieja, restregábase en sus faldas con la cola vertical al aire, lanzaba gruñidos voluptuosos cuando le rascaban la barriga, y a la hora del rosario echábase, juntaba las manos que parecían de algodón y parecía también murmurar un rezo, fija la vista en San Pascual Bailón. Terminado el rezo, como si las besase dando las buenas noches, lamía las manos de la ama.

Yo lo ví sentado sobre las patas traseras murmurar algo, como un acto de contrición, junto al buró... y doña Mónica decía:

—¡No le falta más que hablar! Si vieras para comer, ¡qué capaz que recoja las cosas si las tiran, no señor! se las han de dar en la boca... y eso a su modo... sólo come su carnita asada, su mamón y su leche!

Era tal el cariño de la devota por su gato, que con él dormía, acostábalo a los pies de la cama en su edredón azul, y lo arropaba con un tápalo a cuadros rojos y negros. En la mañana servíasele el alimento en el lecho y no se hacía ruido para que no despertase.

—¡Parece, decía la consentidora, un viejecito enfermo que toma su leche! ¡Si vieras cómo se enoja cuando abren el balcón y le da la luz en los ojos! Se levanta, y ahí en la tarima donde da el sol, se lava la cara el muy mono, y cuando amanece nublado, no puede tenderse la cama porque el bendito animal no se mueve, como si se pusiera triston.

Yo estaba muy pobre y aquella señora nos daba un centavo una que otra vez, azúcar, ropa vieja y otras pequeñas limosnas. ¡Si viérais con qué mirada veía el envidioso animal el bulto bajo mi brazo, el centavo que guardaba o el pan que pedía!

Llamábalo para adular a la señora y me huía.

—Es que no te conoce. . . .

—Ahora verás: ¿Mamú?

—¿Bichito lindo, toma?

Y una vez que lo cogía poníalo en mis rodillas.

—Hazle cariños, para que se engría, agregaba, pasaba mi mano por su dorso, y ronroneando a lo mus-tio me clavaba las uñas sin piedad. Una vez, no pudiendo aguantarlo, lo dejé caer,

—¡No seas cruel, con razón no te quiere: pobrecito!

El animal se fingió el lastimado, y hubo necesidad de friccionarlo con aguardiente alcanforado y envolverlo en paños calientes para que volviera en sí. . . .

Desde entonces, ¡adiós bizcochos, adiós zapatos, adiós centavo para mí!

Me acercaba, no lo veía, y lanzaba el animal un maullido como si lo hubiese maltratado, y aquella señora virtuosa me lanzaba al rostro toda clase de duros improperios.

Llegó una época amarga: llevéle un día a doña Mónica uno de esos papelitos escritos a lápiz y en los que se pide prestada una peseta. La señora estaba inconsolable porque Mamú no había querido comer. Pintéle la situación de mi familia, conmovida iba a darme medio de limosna, cuando Mamú, como si supiese las consecuencias, comenzó a lamer las migajas de la merienda. . . .

—Míralo. . . míralo, con razón estaba tan tristón, si tiene hambre. . . .

Sacó su portamonedas y exhumó un quinto.

—Que dice mi mamá que siquiera para una pieza de pan. . . . que no hemos comido. . . . que. . . . Y aquella señora que rezaba tanto e iba a irse al cielo, me respondió con agrio gesto mostrándome al sacristán,

al envidioso, al indecente gato, que parecía sonreír con aire de Mefisto.

—Pero ¿qué no ves que no tengo, que este quinto es el único, y es para los bizcochos de Mamú? ¡Véngase, véngase mi viejecito lindo!



COSAS DE BAILE

Todas las velas de los candelabros, los quinqués de bombas opacas y hasta los picos de gas de la araña central, estaban encendidos. Hería los ojos aquella escandalosa claridad, aumentada por los grandes espejos. Andas ánforas rebozaban flores, que parecían desmayarse agobiadas por el calor y por la luz. En las consolas de mármol habían quedado abandonados pañuelos y pedazos de pastel, copas con heces de licor o ramilletes de violetas y gardenias, gardenias amarillentas ya y violetas enteramente marchitas. . . . La sala ardía, las conversaciones se entablaban en voz alta, entusiastas, interrumpidas por alegres carcajadas o exclamaciones agudas. Las hileras de rojas sillas, antes ordenadas, habían perdido toda simetría. En la restirada alfombra se borraban los extravagantes ramos de monstruosas flores, y hasta las damas, con el vaivén del baile, habían desarreglado

la corrección de sus trajes, el polvo de arroz desaparecía de sus hombros desnudos, los encajes se ajaban y ya flotaban sobre la frente algunos prófugos cabellos en desorden. Los hombres paseaban por el medio de la sala sin la timidez que los hacía quedarse petrificados en el marco de una puerta, y se abanicaban allá con un pañuelo, más acá con el claque reglamentario, y hubo algunos que improvisaron abanicos con la mitad de un periódico, rojos, inyectados los ojos, perlada de sudor la frente y la punta de las narices, humedecidos los guantes y abollada la rígida pechera de las camisas.

Se había llegado a esa hora en que el orden es imposible, en que el más lacónico, forzado por las circunstancias, tiene que decir una palabra a las damas, so pena de que lo interroguen a cada minuto.

—¿Por qué está usted tan callado? ¿Por qué tan triste?

Lo cual no tiene más respuesta que lanzarse al salón de fumar con las personas serias, esos inválidos de los salones que se acuestan temprano, y desvelados, o atacan el buffet o entablan diálogos filosófico-morales.

Y nada más encantador que aquella variedad en las posturas femeninas: una niña de traje color salmón había volteado completamente su silla para seguir el relato interesante de un señor de lentes de oro, otra, de gris pálido, pegaba casi su oído a los bigotes rubios de un Adonis moderno, que con los ojos en blanco le recitaba párrafos de prosa poética, como un grupo de aves en el nido, se apiñaban en un rincón cinco jóvenes, muy interesadas con los chistes de un moreno que, de pie y haciendo exagerados ademanes, imitaba con la voz y con el gesto a una de esas víctimas que nunca faltan, por tener los falzones de la casaca demasiado largos o las mangas demasiado cortas. Todos reían, todos tenían una fra-

se feliz, y las mamás, en el lugar de honor, nada veían, teniendo una gruesa muralla de espaldas masculinas al frente; en la pieza de junto brillaban como carbunclos los clavos de los cigarros.

Las mudadas feas dormitaban en sus sillas, embriagadas por el calor, sofocadas por aquella atmósfera, en la que se mezclaban el discreto olor del Jerez y las ráfagas de perfumes de pañuelo.

Había momentos de silencio cuando alguien se paraba a cantar una romanza que nadie oía, o una pieza sobre temas de ópera con acordes sonoros y afligridas variaciones; entonces se oían claras las frases dichas en voz alta, se prestaba atención a los primeros compases para reanudar después los interrumpidos diálogos en voz baja.

A las notas del pistón que anunciaba una pieza, seguía el ir y venir de los bailadores buscando pareja; estallaba la música en un vals y los asientos quedaban vacíos. . . . ¡Cuántos recuerdos de esa noche para la pobre enamorada! ¡Jamás los ha olvidado! Mucho tiempo hace de aquel baile, y, sin embargo, lee con elocuente melancolía en su carnet aquel nombre que siempre se escribe con mala letra porque el pulso tiembla: José M. . . ., lo lee, lo vuelve a leer, y se reproduce en su imaginación de mujer todo el cuadro.

Iba al colegio, la seguían; lo conoció en el teatro, se encontró con él en una visita, y encerrada en un establecimiento de educación claustral, leía en los periódicos religiosos las profanas revistas de bailes y carreras, y siempre en ellas aquel nombre José M. . . . Ningún varón le había hablado, pero la imaginación femenina, que de novelas vive, habilita de personaje al primer pantalón bien cortado que ven, a los ojos que más le han hablado o al primer imbécil que ha tenido la fortuna de decirles una frase feliz. . . . y Carmen hizo el protagonista de su novela a José M. . . .

que encontraba rara vez, a él dedicó el arreglo minucioso de sus primeros trajes; su nombre pronunciaba al leer romances melifluos, y todo personaje de novela se le antojaba aquel muchacho de cabellos castaños, escuálido y de ojos garzos. . . . y le habló.

—Ya la conocía yo a usted de vista (viendo oblicuamente).

—Y yo también a usted (ruborizada).

—¿Se acuerda usted? (viendo al cielo raso y dando vueltas al pañuelo).

—¡Ah, sí! (completamente desconcertada).

Y después de este prólogo ni él pensó en bailar ni ella concedió pieza alguna, su carnet no tenía más que un nombre: José M.

¡Si las velas esteáricas que se funden en blancas lágrimas hablaran! ¡Si las flores pudieran contar por qué caen al suelo y una mano de hombre las recoge! ¡Si los pañuelos contaran por qué han quedado reducidos a hilachos, por qué la mujer nerviosamente los destroza! podríamos saber qué ocurrió entre Carmen y José M., que habían hecho abstracción del baile y de las gentes, perdidos en ese suave vaivén de las palabras que lleva del diálogo a la confianza y del recuerdo a la esperanza.

Carmen esa noche se dijo más de una vez:

—No me engañaba, me quería desde hace mucho tiempo, y allá en voz muy baja confesó que la vida de una mujer, sin un nombre querido de varón, es un libro en blanco. . . . como el carnet de baile, títulos y puntos suspensivos que ¡ay de aquel que los llena. . . . con un nombre que es el de un verdugo!

* * *

Espió por los balcones, recorrió las calles céntricas, fué a los teatros, se distrajo en el piano, se dedicó a regar los heliotropos del corredor, y con un

afán nunca visto, se pasó horas enteras bordando una alfombra china sin ver a José M. . . .

Ansiaba ver a su amiga Carlota, a su querida confidente para confiarle aquel secreto y pedirle consejos; la mandó llamar varias veces y Carlota apareció en escena.

Y en aquel rincón, en el mismo rincón memorable, comenzaron a hacer recuerdos. . . .

—Yo estoy muy sentida, Carmen.

—¿Por qué?

—Hazte. . . . que no sabes.

—Pues si no me explicas. . . .

—Crees que no comprendí lo que pasaba. . . . Confiesalo. . . . se te declaró. . . . los ví juntos. . . . hablaban muy quedo. . . .

—Pero ¿quién?

—José M. . . .

—¿José M. . . . ? (admirada).

—Eso me da coraje contigo, Carmen. Yo te cuento todo lo mío y tú no me dices nada de lo que te pasa. . . .

—Pero si nada ha pasado. . . .

—Si lo comprendí. . . . se dedicó a tí por darme picones; yo hice que nada veía, pero me pudo, sí, me pudo que te hubiera escogido a tí sabiendo que eres mi amiga, y todo porque no pude ir a la ópera. ¡Así son todos, todos!

—¡Ah! Pues qué, ¿es tu novio?

—¿No lo sabías?

—Ni palabra. . . .

—Pues ya es viejo. . . .

Pues no lo sabía. . . . (densamente pálida). ¡Es simpático!

—Ya lo creo. ¡Y qué te dijo? . . . (buscando en la alfombra un alfiler imaginario para ocultar que lloraba).

—Me habló nada más de tí. . . . ¡Me dijo que te quería mucho. . . . mucho!